»los restos de un hombre y de una mujer. No dudó »fuesen los del sacerdote y la vírgen, tal vez enterra»dos por los ángeles en aquellos lugares, y envolvién»dolos en pieles de oso, volvió á tomar el camino de »su patria, llevando consigo los preciosos restos, que »resonaban sobre su espalda como el carcaj de la »muerte. Al llegar la noche, poníalos bajo su cabeza, »y se veia rodeado de gratos ensueños de amor y de »virtud. ¡Extranjero! Aquí puedes contemplar este »polvo, con el del mismo Chactas.»

Cuando la india hubo pronunciado estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, alejándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa »en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hom»bre! No eres otra cosa que un rápido sueño, una do»lorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tie»nes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la »eterna amargura de tus pensamientos!»

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al amanecer del dia siguiente mis huéspedes se alejaron de mí. Los guerreros jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban; los primeros iban cargados con las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la que se prometian hallar. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de la colina del destierro se descubren por última vez el techo á cuya sombra nacimos, y el rio de la cabaña, que continua deslizándose tristemente á través de los yermos campos de la patria!

¡Indios sin ventura, á quienes he visto vagar por los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las cenizas de vuestros padres; vosotros me habeis concedido hospitalidad á pesar de vuestra miseria. Yo no puedo devolvérosla hoy, porque vago tambien á merced del capricho de los hombres; pero menos feliz que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los huesos de mis padres!

FIN DE LA ATALA

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.
1854.